

Venezuela en su Poesía



Héctor Poleo, *Los comisarios*, 1992.

Rasgos en la poesía

de los años ochenta.

Alfredo Chacón

A pesar de mi desacuerdo con la pertinaz inclinación a caracterizar las décadas artísticas, exclusivamente por los nombres y proclamaciones de tendencias que en cada una de ellas aparecen por primera vez (la cual muchas veces es compañera inseparable de la manía, igualmente empecinada de clasificar a los artistas sólo en función de lo que hicieron durante la primera década de su experiencia como tales) el tiempo de que dispongo me obliga a limitarme a aquella porción de la poesía de los años 80 que fue escrita por quienes en esta década empezaron a publicar sus libros de poemas.

Por esto mismo, antes de acometer mi propósito debo hacer dos advertencias. Pienso que caracterizar los tiempos históricos por las artes, es una tentadora empresa que no puede derivar su validez sino de los designios creadores realmente efectuados en determinados períodos, cualesquiera sean las tendencias estéticas o las edades de sus autores; igualmente, me parece que el repetido gesto de concentrar la atención estimativa en las aportaciones artísticas de los que comenzaron en tales o cuales fechas, sólo puede tomarse como señal de aceptación ante la imagen convencional de una realidad que es más amplia y mucho más compleja.

Rasgos de Situación

Dentro de la octava década de este siglo ya a punto de esfumarse, todas las generaciones vivientes de poetas en algún grado enriquecieron el conjunto de su obra con la publicación de libros de real valor; y de este modo siguieron animando el variado universo de la poesía venezolana. Simultáneamente, y ya sea en contacto, en diálogo de espalda o en contra del sentido estético de las obras de poetas que los precedieron, cumplieron su inicio en la poesía los poetas a que voy a referirme. La imagen de situación que su nueva presencia configura, encierra rasgos también nuevos junto a rasgos persistentes de otros tiempos.

En primer lugar, prosigue el alto número y la continuidad en la aparición de nuevos nombres, así como también la diversidad de opciones estéticas en la asunción de la poesía. Vale la pena señalar que esta cantidad, esta continuidad y esta diversidad emparentan la situación de la poesía de los jóvenes en los 80 con los rasgos que vienen caracterizando a la poesía venezolana a lo largo de todo el siglo, pero sobre toda con los de la poesía de la sexta década. Por otra parte, durante los años 80 se afianza y generaliza, en cuanto forma de contacto interpersonal y de acercamiento juvenil a la cultura poética, el rasgo todavía reciente, originado a mediados de la década de los 70, de los talleres literarios como instancia de apoyo a las vocaciones poéticas en ciernes. No obstante, al mismo tiempo se produce un breve período de restauración de una forma de cooperación interpersonal y de proyección hacia el público, que también había comenzado con el siglo y cuyo auge y declinación hace parte de las experiencias más características de la actividad cultural en los años 60: me refiero al grupo literario, esa entidad tan abundante y característica de nuestra modernidad cuya más visible manifestación en la década que estamos considerando fueron *Tráfico* y *Guatre*.

Mezcladas de maneras disímiles con estos componentes, también se hace inseparable del período la proliferación de los concursos literarios, cuya utilidad como dispositivo de revelación y consagración tiende a anularse entre estas dos fuerzas opuestas: el servicio a la aparición pública de nuevos autores, junto a la erosión de semejante funcionalidad a causa del exceso y la intrascendencia a que han llegado estos certámenes. Al mismo tiempo, se mantuvieron vigentes las dificultades para la circulación del libro literario, aunque los libros de poesía, incluso o sobre todo los de autores jóvenes, siguieron apareciendo en número creciente y con la peculiaridad de que algunos disfrutaron de una demanda un ¿ poco mayor o más visible.

Rasgos de Manifestación

Los primeros años 80 estuvieron marcados por las manifestaciones diferenciadoras de los nuevos poetas con respecto a las opciones que ellos consideraron características de las generaciones precedentes, sobre todo las de los años 70 y 60. Más que libros de poemas, esta fase vio surgir reconsideraciones críticas y autocríticas de las actitudes predominantes en la literatura y la cultura del país, que condujeron a varias polémicas de prensa relativamente concurridas y extensas así como a nuevos pronunciamientos y autopostulaciones en forma de declaraciones, artículos y manifiestos. Posteriormente, la evidencia de incongruencias entre postulados y hechos de escritura, condujeron a una pausada e incruenta disolución de los grupos formalizados; y ésta, por su parte, a una mayor visibilidad pública de la mucho más compleja diversidad de tendencias y niveles de logro que de hecho caracterizaba a la nueva eclosión generacional. Entonces pudo percibirse, una vez más, que la vitalidad de la teoría y la práctica del poema es un problema diferente al del éxito en el liderazgo o la notoriedad pública de grupos, tendencias y generaciones; y que, como lo testifica una ya larga tradición, los grupos literarios, por lo general, están hechos para servir a lo segundo más que a otra cosa.

En cuanto a la calidad poética misma, en la totalidad de la década ¿qué puede destacar un lector como yo, asiduo, es verdad, pero más maniático que sistemático? Lo que sigue, en todo caso, es casi todo lo que durante estos últimos días pude invocar de las observaciones y consideraciones que iba haciendo mientras ocurrían los acontecimientos a que me refiero. Al comienzo se produjo, sostenido por los restauradores del "grupo literario", un breve esfuerzo, de índole más bien doctrinaria, por implantar el llamado lenguaje conversacional en la idea del poema y en el centro de la poética que propugnaron, valorizándola a la vez por su pretendida novedad y su proclamada raigambre de autenticidad individual y epocal. Más adelante, y en un nivel superior de discurso y razonamiento que sin duda debió mucho a la liberación de energías propiciada por la disolución de los grupos (y a la consecuente disminución de las presiones a pensar sólo para la autojustificación más o menos promocional, más o menos polémica) se insiste en la interiorización imaginaria de la experiencia propia y del habla que le corresponde, considerándolas entidades decisivas tanto del poema como del encuentro poético de la vivencia con todo lo que, exigiéndole, la desborda.

Al darse este proceso simultáneamente con la mayor y más varia-

da profusión de valiosas voces de mujer que la poesía venezolana haya conocido jamás, el balance poético de esta década hace patente, con responsabilidad directa en los nombres de Armando Rojas Guardia, Yolanda Pantin, María Auxiliadora Álvarez, Rafael Arráiz Lucca, Luis Pérez Oramas, Rafael Castillo Zapata, Laura Gracco, Igor Barreto, Miguel Márquez, Sonia González, Alberto Márquez, María Clara Salas, Eduardo Castellanos, Néstor Rojas, Mharía Vázquez, Adhely Rivero, Patricia Guzmán, José Antonio Yépez Azparren, Carlos Osorio, Hildebrando Barrios, Leonardo Padrón, Maritza Jiménez, Jacqueline Goldberg, Blanca Strepponi, Claudia Noguera Penso, Alejandro Salas, Vasco Szinetar, Miguel James, Alfredo Camejo, Maritza Guaderrama, Lázaro Álvarez, una tonalidad creadora que al responder el llamado a poetizar el conflicto o el concierto del ser y la existencia, de la palabra y la voz ha preferido hacerlo con énfasis en la existencia y en la voz.

Es la singularidad que ya en los últimos trancos del decenio se ve de nuevo enriquecida por la fecunda inclinación hacia el reencuentro de la conciencia poética con órbitas espirituales tan lejanas como generosas en legados mitológicos, o afines a la nuestra pero distantes en el tiempo o la geografía, tal como se palpa en varios libros todavía no publicados y es comparable en los recientes de Alicia Torres y Harry Almela. Esta es, en fin, entre las singularidades poéticas de nuestros años 80, aquella que por ahora sólo a esos años pertenece.

Entre las voces más nuevas

A finales de 1990 se terminó de imprimir el volumen de los nueve poetas primerizos que formaron, con Armando Rojas Guardia como guía, el Taller de Poesía de la Fundación Celarg en su edición 1988-1989. Por ser múltiple e inaugural, como le corresponde por definición a todos los de la serie Voces Nuevas, este libro es ante todo una oportunidad más para contemplar en cercanía varias constancias de esa experiencia, a la vez genérica y personal, definitiva e incierta, que es la de nacer a la poesía como poeta. Experiencia crucial, recorrida simultáneamente por los fueros de la irrisión y lo sagrado, que en la presente oportunidad se nos ofrece acompañada de un valioso aporte para la meditación: me refiero al texto de Rojas Guardia acerca de la naturaleza ideativa y artesanal, introspectiva y dialogal del "Taller" como lugar de paso hacia la poesía y el poema. ¿Qué encuentra una primera lectura en estas ciento veintitantas páginas signadas por los poemas iniciales o casi, de Gabriel Araujo, Beatriz Alicia García, Raúl García

Palma, Claudia Noguera Penso, Beverly Pérez Rego, Andrés Reimpelí, Alejandro Ruocco, Gonzalo Riveras y Henry Vicente? En primer lugar, con respecto a lo que debe ser primordial a la hora de estimar textos de iniciación, o sea, si alcanzan o no el nivel de suficiencia exigible, aquí se trata de una expectativa cumplida. Todos hablan ya desde el poema y es a partir de un nivel básico de calidad que se resuelven las otras diferencias cualitativas, perceptibles incluso entre textos de un mismo autor.

Situados ya en este irrenunciable estrato de valor, el de la legibilidad cualitativa, otros aspectos concitan la atención. Uno es la presencia del poema en prosa entre cinco de estos nuevos autores, sea como único recurso de estructuración, caso de Beverly Pérez Rego; sea en copresencia mayoritaria (Claudia Noguera Penso) o minoritaria con el poema en verso, tal como ocurre en Beatriz Alicia García, Andrés Reimpell y Henry Vicente. Otro aspecto destacable es que, a pesar de ser mayor en algunos autores la cantidad de textos de los que marcan el más alto nivel de logro dentro del conjunto, todos estos jóvenes poetas aportan al libro por lo menos un texto estimable entre los mejores.

En Beatriz Alicia García estas cúspides son los dos breves poemas que comienzan: "No consigo.." y "No piso ese terreno.."; Alejandro Ruocco alcanza la suya con "El objeto que se desplaza no es sólo un punto en el espacio.."; Gonzalo Oliveros, en "Aló por favor, contigo..", y Henry Vicente en "Todo había dejado de ser un vago anuncio". Desde este mismo ángulo, *Poemas* de Andrés Reimpelí, *Artes de vidrio* de Ueverly Pérez Rego y *Ultimo trecho* de Claudia Noguera Penso (conocida desde 1989 por su libro *Nada que ver*) aportan en su mayor parte textos de la mejor resolución; mientras que los textos de Raúl García Palma (*Ya no vas a poder tejer el cielo*) y de Gabriel Araujo (*Imito las estatuas*) constituyen los conjuntos más logrados como tales y mejor diferenciados, entre sí y dentro del volumen que nos los ofrece.

Gabriel Araujo, a lo largo de sus diez breves poemas, concisos al tiempo que explícitos en su enunciación y desde ella centrados en un sereno entendimiento con la forma de la dificultad que lo instaura:

Como la gríeta
en una roca
res quebrada y seca
desde adentro
No hay eco que retumbe
ni dolor que se cuele
hasta el fondo
de una boca abierta.

Y Raúl García Palma, a través del impulso multívoco que lo condujo a estos diez poemas en los que varios designios (la libertad de las materias significantes, el llamado a la composición compleja del cuerpo poemático y la validez del temperamento expresivo) alcanzan a reunir su fuerza para lograr la entereza de su propia dicción:

Jugosas
pero de adustas raíces.
Elevadas
y sus ardores queman.
De ansiedad
hechas de inmediata ansiedad.
Muertas de sed, pero las riegan;
pero a lo largo del tiempo
han existido mujeres piadosas.
Carmen es conmovedora,
es casta como buena costurera,
tan frágil como la ley de Moisés.
Riega en su jardín la acacia
de tus magnificencias cálidas. A veces se queda dormida,
amorosamente espera a su amante.